

Vandeuvres, que estaba contemplando á las señoras, saltó de repente á otro asunto:

—Ha debido ser muy guapa esa señora Du Joncquoy, quince años atrás... La pobre Estela se ha estirado todavía más. ¡Linda percha para poner en una cama!

Pero se interrumpió, é insistiendo sobre la cena proyectada:

—Lo fastidioso en estos lances, es que siempre se ven las mismas mujeres... Sería menester alguna novedad... Procurad encontrar una... ¡Ah! ¡qué idea! Voy á suplicar á ese gordinflón que nos traiga la mujer que acompañaba la otra noche en Variedades.

Se refería al jefe de sección, que dormitaba aún en medio de la estancia. Fauchery se divirtió, siguiendo con la vista esta negociación delicada. Vandeuvres se había sentado al lado del señor gordo, que permanecía muy digno. Los dos parecieron discutir un instante con mesura la cuestión pendiente, la de saber qué sentimiento verdadero impulsaba á una joven á entrar en el claustro. Después, el conde regresó junto á Fauchery, diciendo:

—Imposible. Jura que es honrada. Se negaría. Sin embargo, yo apuesto á que la vi en casa de Laura...

—¡Cómo! ¡también vais á casa de Laura!—murmuró Fauchery riendo.—¡Os arriesgáis en sitios semejantes!... Yo creía que sólo los frecuentábamos nosotros, los pobres diablos...

—¡Bah! ¡querido! ¡hay que conocerlo todo!

Entonces rieron, chispeantes sus ojos, dándose detalles sobre la mesa redonda de la calle Martys, donde la regordeta Laura Piedefér, por tres francos, daba de comer á las señoritas apuradas. ¡Linda huronera! Todas las parroquianas besaban á Laura en la boca. Y, como la condesa Sabina, que había cogido al vuelo una palabra, volvía la cabeza, los dos amigos se hicieron atrás, restregándose uno contra otro, alegres, excitados. No habían advertido que cerca de

ellos estaba Jorge Hugón, que les escuchaba ruborizándose tanto, que el espacio comprendido entre sus orejas y su cuello de niña parecía invadido por un oleaje de color de rosa. Este adolescente estaba lleno de veergüenza y de éxtasis. Desde que su madre le había dejado en el salón, andaba dando vueltas detrás de la señora Chezelles, la única mujer que le parecía aceptable. ¡Y eso que Naná le tenía robado el corazón!

—Anoche,—dijo la señora Hugón,—Jorge me llevó al teatro. Sí, á Variedades, donde lo menos hacía diez años que no había puesto los pies. Este niño adora la música... La función no me distrajo gran cosa, ¡pero él era tan dichoso!... Se representan hoy unas obras singulares... Por lo demás confieso que la música no me apasiona.

—¡Cómo! ¡señora! ¿no amáis la música?—exclamó la señora Du Joncquoy, levantando los ojos al cielo.—¡Es imposible que haya quien no ame la música!

Esta fué una exclamación general. Nadie soltó una frase sobre la pieza del teatro de Variedades, de la que la buena señora Hugón nada había comprendido; aquellas señoras conocían la obra, más no hablaban de ella. En seguida, versó la conversación sobre el sentimiento, en una admiración refinada y extática por los grandes maestros. La señora Du Joncquoy era partidaria decidida de Weber, y la señora Chantereau de los compositores italianos. Las voces de estas damas habían ido adquiriendo un acento blando y lánguido, delante de la chimenea. Parecía aquello como un recogimiento de iglesia, el cántico discreto y desmayado de una pequeña capilla.

—Vaya,—murmuró Vandeuvres llevándose á Fauchery al centro del salón.—Es preciso que encontremos una mujer, para mañana. ¡Si le preguntásemos á Steiner!

—¡Oh!—dijo el periodista.—Cuando Steiner posee una mujer, es que París ya no la quiere.

Sin embargo, Vandeuves miraba en torno suyo —Esperad,—repuso.—El otro día encontré á Foucarmont con una hechicera rubia. Voy á decirle que la traiga.

Y llamó á Foucarmont. Los dos cambiaron algunas palabras, rápidas. Debió ofrecerse una complicación, por cuanto, caminando uno al lado de otro con precaución, alargando el pie para no pisar los vestidos de las señoras, fueron al encuentro de otro joven, con quien continuaron la conversación en el hueco de una ventana. Fauchery, que había quedado solo, se decidió á aproximarse á la chimenea, en el momento en que la señora Du Joncquoy declaraba que no podía oír música de Weber, sin ver inmediatamente lagos, selvas, salidas de sol sobre campos bañados de rocío; pero una mano le tocó la espalda, mientras que una voz decía detrás de él:

—Eso no está bien.

—¿El qué?—preguntó Fauchery volviéndose y reconociendo á la Faloise.

—Esa cena, para mañana... Bien pudiste hacerme invitar.

Iba el otro á contestar, cuando regresó Vandeuves y le dijo:

—Parece que esa mujer no tiene nada con Foucarmont; es la querida de aquel otro señor; de allá abajo... No podrá venir. ¡Qué mala sombra! De todos modos, he reclutado á Foucarmont, quien hará lo posible para traer á Luisa, del Palais Royal.

—Señor de Vandeuves,—preguntó la señora Chantereau alzando la voz:—¿no es verdad que el domingo silbaron á Wagner?

—¡Oh! ¡atrozmente, señora!—respondió el conde, adelantándose con su exquisita finura.

Después, viendo que no le retenían, se alejó, y prosiguió diciendo al oído del periodista:

—¡Voy á cazar á otros!... Esos jóvenes deben conocer algunas lindas mozas.

Entonces volviéndose, amable, risueño, abordando á los hombres y hablando en los cuatro ángulos del salón. Se mezclaba á los grupos, deslizaba una frase al oído de cada cual, y se volvía, con guiños de ojos y signos de inteligencia. Era como un santo y seña que distribuía, con la mayor naturalidad del mundo. La frase corría; se daba el punto de cita, en tanto que las disertaciones de las señoras sobre la música sofocaban el rumorcillo febril de aquel reclutamiento.

—No, no me habléis de vuestros alemanes,—repetía la señora Chantereau.—El canto es la alegría, la luz... ¿Habéis oído á la Patti en el «Barbero?»

—¡Deliciosa!—murmuró Leónida, la cual sólo ejecutaba motivos de opereta en el piano.

Entretanto, la condesa Sabina había llamado. Cuando las visitas eran un poco numerosas, los martes, se servía el té en el mismo salón. Mientras hacía desocupar un velador por un criado, la condesa seguía con la vista al conde de Vandeuves. Conservaba aún esa sonrisa vaga que dejaba entrever un tanto la blancura de sus dientes. Y, al pasar el conde por delante de ella, le preguntó:

—¿Qué estáis conspirando, señor de Vandeuves?

—¡Yo, señora!—respondió tranquilamente,—¡no conspiro cosa alguna!

—¡Ah! ¡os veía tan atareado!... Tomad, vais á sernos útil.

Y le puso en la mano un álbum, suplicándole que lo dejase encima del piano. Pero él encontró medio de decir, en voz baja, á Fauchery, que podían contar con Tata Nené, la mejor garganta de aquel invierno, y con María Blond, que acababa de debutar en Folies Dramatiques. Pero la Faloise le detenía, á cada momento, esperando una invitación. Y acabó por ofrecerse. Vandeuves le invitó en seguida, con la precisa condición de que llevase á Clarisa; y como la Faloise afectaba mostrar escrúpulos, el conde la tranquilizó, diciendo:

—¿No os invito yo? ¡Pues basta!

La Faloise hubiera querido, sin embargo, saber el nombre de la mujer. Pero la condesa había vuelto á llamar á Vandevres, y le interrogaba sobre la manera cómo los ingleses hacen su té. El conde iba á menudo á Inglaterra, en cuyas carreras figuraban señaladamente sus caballos. Según él, para hacer el té, nadie como los rusos; é indicó su receta. Después, como si hubiese proseguido un trabajo interior, mientras hablaba, interrumpióse para preguntar:

—A propósito ¿y el marqués? ¿no debíamos verle hoy?

—Sí tal, mi padre me había prometido formalmente que no haría falta... Empieza á tenerme inquieta... ¡Sus trabajos le habrán retenido!

Entonces, juzgó Fauchery que había llegado el momento de arriesgar la invitación al conde Muffat. La noche avanzaba.

—¿Habláis con formalidad?—preguntó Vandevres, que creía que aquello era broma.

—¡Con la mayor formalidad!... Si no desempeñase mi comisión, me arrancarían ella los ojos. ¡Nada, un capricho suyo!

—Siendo así, voy á ayudaros, querido.

Daban las once. La condesa, auxiliada por su hija, servía el té. Como quiera que sólo hubiesen venido los íntimos, las tazas y los platos de pastelillos circulaban familiarmente. Ni siquiera se levantaban las señoras de sus sitios, delante del fuego, bebiendo á pequeños sorbos, y cogiendo los dulces con el extremo de los dedos. De la música, la conversación había pasado á los reposteros. Nadie como Boissier para los dulces, ni como Catherine para los sorbetes; sin embargo, la señora Chantereau prefería á Latinville. Las palabras se hacían más lentas; una laxitud adormecía el salón. Steiner había vuelto á sonsacar sordamente al diputado, á quien tenía asediado en el rincón de un sofá. El señor Venot, cuyos dientes debían

haberse cariado á fuerza de dulces, comía pastelillos secos, uno tras de otro, con ruido de ratón; mientras que el jefe de sección, con las narices dentro de su taza, nunca acababa de beber. Y la condesa, sin apresurarse, iba de uno á otro, no insistiendo, permaneciendo parada algunos instantes, mirando á los hombres con ademán de interrogación muda, sonriendo después, y pasando á otro lado. El fuego reavivado la había puesto muy sonrosada, y parecía ser la hermana de su hija que, seca y desgarrada, andaba á su lado. Cuando se aproximó á Fauchery, que estaba hablando con su marido y Vandevres, observó que se callaban; y, sin detenerse, se dirigió más lejos, á ofrecer la taza de té á Jorge Hugón.

—Una señora os invita á cenar,—reptuso jovialmente el periodista, dirigiéndose al conde Muffat.

Este, cuya faz había permanecido glacial toda la velada, pareció sorprenderse en alto grado. ¿Qué señora?

—¡Eh! ¡Naná!—dijo Vandevres, para hacer bruscamente la invitación.

El conde se puso más grave aun. Apenas se notó un latido en sus párpados, mientras que un malestar, como un asomo de jaqueca, pasaba sobre su frente.

—¡Pero si yo no conozco á esa señora!—murmuró.

—¡Vaya! ¡vos habéis estado en su casa!—observó Vandevres.

—¡Cómo! ¡que he estado en su casa yo!... ¡Ah! ¡sí!... ¡el otro día! ¡por el comité de beneficencia!... Ya no me acordaba... No importa, no la conozco; no puedo aceptar.

Había adoptado un aire glacial, para dar á entender que esta bromita le parecía de mal tono. El sitio de un hombre de su rango no estaba en la mesa de una de esas mujeres. Vandevres insistió; tratábase de una cena de artistas; el talento le excusaba todo. Pero, sin atender los argumentos de Fauchery, que refería una comida en que el príncipe de Escocia, hijo de una reina, se había sentado al lado de

una antigua cantatriz de café concierto, el conde acentuó su negativa. Hasta dejó escapar un gesto de irritación, á pesar de su exquisita finura.

Jorge y la Faloise, que estaban saboreando su taza de té, en pie uno enfrente de otro, habían oído las cortas frases cambiadas junto á ellos.

—¡Toma! ¡es en casa de Naná!—murmuró la Faloise,—¡hubiera debido adivinarlo!

Jorge nada decía, pero estaba ardiendo, sueltos sus rubios cabellos, y relucientes sus azules ojos como ascuas, encendido y trastornado por el vicio en que caminaba desde hacía algunos días. ¡Al fin, entraba en el mundo aquél que tanto había soñado!

—Es el caso que no sé las señas,—repuso la Faloise.

—Bulevar Haussmann, entre la calle de la Arcade y la calle Pasquier, piso tercero,—dijo Jorge de un tirón.

Y, como el otro le mirase con extrañeza, añadió, muy encarnado, reventando de fatuidad y turbación:

—Soy de los vuestros; me ha invitado esta mañana.

En esto, ocurría un gran movimiento en el salón. Vandeuvers y Fauchery no pudieron insistir más cerca del conde. El marqués de Chouard acababa de entrar; todos se apresuraban á saludarle. Habíase adelantado penosamente, flojas sus piernas; y permanecía en el centro del salón, pálido, trémulos los párpados, como si, saliendo de una sombría callejuela, le cegara la claridad de las lámparas.

—Ya no esperaba veros hoy, padre mío,—dijo la condesa.—Hubiera estado inquieta hasta mañana.

El miró sin contestar, con el aire de un hombre que no comprende. Su nariz gruesa, destacándose de su afeitada faz, parecía la hinchazón de una erisipela, en tanto que su labio inferior colgaba inerte. La señora, Hugón, al verle tan abatido, le compadeció, llena de caridad.

—Trabajáis demasiado. Deberíais descansar... A nues-

tra edad, es preciso dejar el trabajo á los jóvenes.

—¡El trabajo! ¡ah, sí! ¡el trabajo!—tartamudeó por fin.—¡Siempre demasiado trabajo!

Se reponía, y erguía su encorvado talle, pasando la mano, con un ademán que le era familiar, sobre sus blancos cabellos, cuyos raros mechones flotaban detrás de sus orejas.

—¿En qué trabajáis hasta tan tarde?—preguntó la señora Du Joncquoy. Creí que estabais en la recepción del ministro de Hacienda.

Pero la condesa intervino:

—Mi padre tenía que estudiar un proyecto de ley.

—Sí, un proyecto de ley,—dijo él;—sí, precisamente... Me había encerrado. Se trata de las fábricas; yo quisiera que se observase el descanso dominical. Vergüenza da, en verdad, que el gobierno no quiera obrar con vigor. Las iglesias van quedando vacías; caminamos á un cataclismo.

Vandeuvers había mirado á Fauchery. Ambos se encontraron detrás del marqués y le olfateaban. Cuando Vandeuvers pudo cogerle aparte, para hablarle de aquella linda muchacha que llevaba al campo consigo, el anciano fingió la mayor sorpresa. Tal vez le habían visto con la baronesa Decker, en cuya compañía pasaba á veces algunos días en Viroflay. Vandeuvers, por única venganza, le preguntó bruscamente:

—Decid; ¿dónde habéis estado? Vuestro codo está lleno de telarañas y de yeso.

—¡Mi codo!—murmuró, ligeramente turbado;—¡toma! ¡es verdad!... ¡un poco de suciedad!... ¡La habré recogido al bajar de mi cuarto!

Varios de los concurrentes marchábanse ya. Era más de media noche. Dos criados sacaban sin ruido las tazas vacías, y las bandejas de pastelillos. Las señoras, delante de la chimenea, habían reformado y estrechado su corro, hablando con más abandono, en la languidez de aquel final de velada. El salón mismo se adormecía, y de sus paredes caían lentas sombras,

Entonces Fauchery habló de retirarse. Sin embargo, no se decidía, y continuaba contemplando á la condesa Sabina, que descansaba de sus tareas de ama de casa en sitio acostumbrado, silenciosa, fijos los ojos en un tronco que se consumía en brasa, y con el rostro tan blanco y tan impenetrable que la duda se apoderó nuevamente de él. Al resplandor de la chimenea, los negros pelillos del lunar que tenía en el ángulo de los labios, parecían rubios. El mismísimo lunar de Naná, hasta su propio color. No pudo contenerse, y dijo una palabra al oído de Vandeuves. Era verdad, á fe mía; éste nunca lo había notado. Y los dos continuaron el paralelo entre Naná y la condesa. Encontrábanles un vago parecido en la barba y en la boca; pero los ojos no eran del todo semejantes. Además, Naná tenía un aire de bondad, mientras que, en la condesa, no sabía uno á que atenerse; parecía una gata dormida, con las uñas escondidas y las patas apenas agitadas por un estremecimiento nervioso.

—De todos modos, valdría la pena de enamorarla, —declaró Fauchery.

Vandeuves la desnudaba con la mirada:

—Sí, tenéis razón, —dijo.—Pero, si he de decir verdad, desconfío de sus muslos; ¡apostarí á que no los tienen!

Y se calló. Fauchery le tocaba vivamente con el codo, señalándole á Estela que estaba sentada en su taburete, delante de ellos. Acababan de levantar la voz sin advertirlo, y la niña debía haberles oído. Sin embargo, permanecía rígida, inmóvil, con su delgado cuello de muchacha crecida con demasiada rapidez. Entonces, se alejaron tres ó cuatro pasos. Vandeuves juraba que la condesa era una mujer honradísima.

En este momento, las voces se elevaron ante la chimenea. La señora Du Joncquoy decía:

—Os he concedido que el conde de Bismarck era tal vez un hombre de talento... Pero, si os empeñáis en llegar á hacer de él un genio...

Las señoras habían vuelto á su primer tema de conversación.

—¡Cómo! ¡todavía el conde de Bismarck—murmuró Fauchery.—Ahora sí que me largo, de veras.

—Esperad, —dijo Vandeuves, —necesitamos que el conde nos dé un no definitivo.

El conde Muffat estaba hablando con su suegro y algunos hombres graves. Vandeuves le llevó á otro lado, y reiteró la invitación, apoyándola, y diciendo que él mismo figuraba entre los invitados. Un hombre puede ir á todas partes; y á nadie se le ocurriría ver un mal, donde todo lo más sólo podía tachársele de curiosidad. El conde escuchaba estos argumentos con los ojos bajos y la faz muda. Vandeuves conocía que vacilaba, mientras el marqués de Chouard se aproximó con aire interrogativo. Y éste, cuando supo de qué se trataba, cuando Fauchery le invitó á su vez, miró furtivamente á su yerno. Hubo un silencio, una perplejidad; ambos, empero, se daban ánimo y sin duda habrían acabado por aceptar, si el conde Muffat no hubiese percibido al señor Venot, que le contemplaba fijamente. El vejete aquel ya no sonreía; tenía una cara terrosa, con ojos de acero, claros y agudos.

—No—respondió al mismo tiempo el conde, con un tono tan categórico, que no era posible insistir.

Entonces, el marqués rehusó con más severidad aun. Habló de la moral. Las clases elevadas debían dar el ejemplo. Fauchery sonrió y dió un apretón de manos á Vandeuves. No le esperaba, partía en seguida, pues tenía que pasar á su redacción?

—En casa de Naná, á media noche ¿estamos?

La Faloise se retiraba igualmente. Steiner acababa de saludar á la condesa. Otros les seguían. Y la misma frase circulaba, repitiendo cada cual: «¡A media noche, en casa de Naná!» mientras cogían su gabán en la antecámara. Jorge, que debía esperar á su madre, se había colocado en el umbral, donde indicaba las señas exactas, piso tercero, puerta izquierda. Sin

embargo, antes de salir, dirigió Fauchery una última ojeada al salón. Vandeuves había vuelto á ocupar su sitio entre las señoras, bromeando con Leónida de Chzelles. El conde Muffat y el marqués de Chouard se mezclaban en la conversación, mientras que la buena señora Hugón se dormía con los ojos abiertos. Oculto tras de las faldas, el señor Venot, acurrucado de nuevo, había recobrado su sonrisa. Las doce sonaron lentamente, en la vasta y solemne estancia.

—¡Cómo! ¡cómo!—repetía la señora Du Joncquoy, —¡suponéis que el conde de Bismarck nos declarará la guerra y nos batirá!... ¡Oh! ¡eso pasa ya de rayal!

Refase, en efecto, alrededor de la señora Chantereau, que acababa de repetir esta idea, oída por ella en Alsacia, donde su marido poseía una fábrica.

—Por fortuna, ahí está el Emperador,—dijo el conde Muffat con su gravedad oficial.

Esta fué la última frase que pudo oír Fauchery, mientras cerraba la puerta, después de haber mirado otra vez más á la condesa Sabina. Esta hablaba resadamente con el jefe de sección, y parecía interesarse en la conversación del hombre gordo. Decididamente se había equivocado; no había rajadura. ¡Era una lástima!

—Y bien, ¿no bajas?—preguntaba la Faloise desde el vestibulo.

Y, en la acera, al separarse, todavía repetían:

—¡A media noche, en casa de Naná!

IV.

Desde por la mañana, Zoé había puesto la casa á disposición de un mayordomo del restaurante Brébant, que llegó con un séquito de marmitones y mozos. Brébant era quien debía suministrarlo todo: cena, vajilla, cristalería, mantelería, flores y hasta sillas y taburetes. Naná no hubiera encontrado ni una docena

de servilletas en el fondo de sus armarios, no habiendo tenido todavía tiempo de montar su casa bajo el pie que le correspondía; y desdeñando, además, ir al restaurante, había preferido hacer que el restaurante viniese á su casa. Esto le parecía más de buen tono.

Quería festejar su gran triunfo de actriz con una cena que diese que hablar. Como quiera que el comedor fuese demasiado pequeño, el mayordomo había puesto la mesa en el salón, donde cabían veinticinco cubiertos, estrechándose un poco.

—¿Está listo todo?—preguntó Naná, cuando regresó á media noche.

—¡Ah! ¡qué sé yo!—contestó brutalmente Zoé, que parecía fuera de sí.—A Dios gracias, no me ocupo de nada; están haciendo un destrozo en la cocina y en toda la casa... Además he tenido que enfadarme. Los otros han venido también, y, á fe mía, les he echado á la calle.

Hablaba de los dos antiguos señores de la señora, del negociante y del valaco, á quienes Naná se había decidido á dar pasaporte, segura de su porvenir, y deseando echar piel nueva, como decía.

—¡Vaya que lapas!—murmuró.—Si vuelven, amenazades con ir á buscar al Comisario.

Después, llamó á Daguenet y á Jorge, que se habían quedado rezagados en el recibimiento colgando sus gabanes.

Los dos se habían encontrado en la puerta de salida de las artistas, pasaje de los Panoramas, y á los dos se los llevó consigo á casa, en un coche. Como aun no había llegado nadie, les dijo que entrasen en el tocador, mientras Zoé la arreglaba. A prisa, sin cambiar de traje, hizose retocar el peinado, y se puso unas cuantas rosas blancas en el moño y en el corpiño. El tocador se hallaba obstruido con muebles de salón, que habían tenido que meter allí, amontonados: veladores, canapés y sillones con los pies en el aire; y ella estaba ya dispuesta, cuando su fal-